

SOBRE LA POLÍTICA

(*Théorie Communiste* nº 10)

Si bien conlleva un cambio en sus formas y modalidades, el advenimiento de la dominación real no va acompañado de la desaparición *ipso facto* de la política. La idea general es que las diferencias políticas dejan de ser significativas de otra cosa que luchas de intereses particulares en torno al poder del Estado con vistas a su propio beneficio. Se supone que tras el señuelo de las oposiciones artificiales hay un programa único: el del capital. En consecuencia, toda agrupación política no pretende sino mantener el sistema del que se beneficia y en consecuencia participa de la mistificación que asegura la perennidad de éste. La idea que subyace al tema de la extinción de la política es que se trata de una forma de organización y conciliación de los antagonismos sociales fundamentales del capital, que después asegura tal organización por sí mismo (pues el desarrollo del capital la hace inútil). La noción de comunidad material, que hace inútil o insignificante toda política, se presenta, pues, como el apogeo de la dominación real, y la contradicción fundacional del capital resurge al término de ese punto culminante para destruirlo. Se trata de un movimiento de integración en dos tiempos seguido de una ruptura con el capital. Paralelamente a esta idea de constitución de una comunidad material, aparece la idea de que los diferentes cuantos de capital social tienden a comportarse como totalidades, por un lado, y por otro la de que el Estado es un cuanto entre otros, lo que equivale a despojarlo de toda especificidad y, en consecuencia, también a la política. Desde esta perspectiva, el hecho de que en la sociedad francesa y en países equiparables (Bélgica, Italia, etc.) la política ocupe un lugar más visible como mediación obligada de los cambios sociales se vincula a su menor grado de desarrollo. En estos países medianos, la política presuntamente conserva todavía un papel que acabará perdiendo en función de su desarrollo ulterior. Así pues, el argumento se desarrolla en torno a dos ejes, uno pragmático y el otro teórico. Se insiste sobre las costumbres políticas del capital más avanzado, el de Estados Unidos, destacando el problema de los lobbies, esos grupos de presión que defienden intereses sectoriales. Por otra parte, se le niega a la política el menor interés con el argumento de que el comunismo es un movimiento social y no político, es decir, conciliador de antagonismos. De entrada, la idea de una extinción de la política bajo la dominación real remite a dos temas que conciernen a la relación entre el proletariado y el capital. Por un lado, bajo la dominación formal la política es el ámbito fatal de las derrotas del proletariado, vencido políticamente antes de ser vencido militarmente, a partir del momento en que se extravía a través del juego de la reivindicación política; por otro, esas derrotas, preludiadas mediante la mistificación política, se consideran necesarias debido al débil desarrollo del capital, lo que remite a una problemática de las condiciones que ahora son asimiladas a la existencia de la comunidad material del capital. La evidente debilidad de esta teorización es la de toda tesis construida en torno a la problemática del ser y de las condiciones, que en última instancia conducen a situar el movimiento real en el polo exclusivo del capital. El tránsito de la política democrática tal

como impera bajo la dominación formal a la política tal como existe bajo la dominación real es percibido como un proceso de clarificación del antagonismo proletariado-capital mediante una mayor adecuación del ser de éste y de las condiciones que representa el capital como polo opuesto que subsume la relación. Tan pronto como la contradicción entre el proletariado y el capital se vuelve más rígida y convertimos la acumulación en un movimiento propio del capital y, por tanto, exterior al proletariado, sólo quedan dos opciones. O bien se postula una tendencia revolucionaria inscrita en el ser del proletariado cuya realización resulta imposible debido al insuficiente grado de desarrollo del capital, o bien se considera al capital como el motor exclusivo de un desarrollo del que el proletariado se beneficiará oportunamente, una vez que el capital haya creado las condiciones suficientes del comunismo. En ambos casos se da un error en torno a la noción de comunidad material en el sentido de que ésta siempre es presentada como la culminación de la transición a la dominación real, que a continuación debe derrumbarse. En tal caso las variantes principales posibles respecto al tema de la revolución son tres: puede tratarse de un resurgimiento del proletariado tal como éste es definido por la dominación real —la clase del trabajo que, tras un período de ocultamiento ligado a la inmadurez de las condiciones, retorna—, del surgimiento de un nuevo sujeto revolucionario (a elegir), o de la autoabolución por parte del proletariado de su particularidad en beneficio de su ser genérico. En todos los casos los polos contradictorios de la relación se cosifican y la noción de comunidad material es considerada —en el peor de los casos— como un movimiento real, y en el mejor como una tendencia real pero irrealizable porque se ve frustrada por el ser del proletariado. Ahora bien, cuando consideramos que el movimiento del capital en el que consiste la acumulación no es una realidad exterior al proletariado sino el resultado y el presupuesto del ciclo de explotación que lo define, las contradicciones del capital adquieren un significado completamente distinto. El hecho de que el capital sea el polo que subsume la relación no significa en modo alguno que logre imponer una organización totalitaria de la sociedad, ni que oculte o aniquile la contradicción que constituye su fundamento. Si bien la noción de comunidad material tiene el mérito de convertir al capital en una etapa históricamente necesaria, presenta el doble inconveniente de convertir la dominación real en un movimiento en el que el capital, en tanto polo reificado, constituye el sujeto activo y, en consecuencia, el de emitir un juicio de valor sobre este período (decadencia del capital o antropomorfosis).

La noción de comunidad material impide comprender lo que es la política tanto bajo la dominación formal como bajo la real, porque conduce a un error de perspectiva desde el mismo instante en que define su problemática: «Mientras el poder del dinero no sea el vínculo entre las cosas y los hombres, las relaciones sociales han de organizarse política y religiosamente.» (Marx). Así pues, la necesidad y el término de la existencia de la política se definen, pero al precio de una doble mistificación. De una parte, en lo que se refiere a la dominación formal, se toma por realidad eficiente la filosofía política, desde el contrato social de Rousseau hasta los recelos de Tocqueville, y de otra, en lo que a la dominación real se refiere, la política se considera como una reliquia dotada de cierto encanto «retro» o como una mala pasada.

Paradójicamente, la denuncia de la política en general y de la democracia en particular se vuelve de lo más política y democrática, porque la pregunta que se plantea es: ¿cómo se organiza a los hombres (considerados como individuos aislados) en un conjunto social relativamente reproducible? De esta primera pregunta se desprenden dos preguntas subsidiarias: ¿qué consecuencias tiene este modo de organización, dentro del capital, sobre la base de una comunidad material que ya no tiene nada de humano?, y, por consiguiente, ¿cómo fundar una organización verdaderamente humana?

Semejante análisis equivale a reducir el Estado al capital, ya sea como instrumento en manos de la burguesía o como un cuanto de capital entre otros, lo que en ambos casos equivale a despojar de toda especificidad la naturaleza y el papel del Estado en el modo de producción capitalista, convirtiéndolo en una muleta o en un simple *racket*. De hecho, todo sucede como si, con tal de no convertir a la ideología en un mero reflejo, la convirtiéramos en un operador eficaz que termina accediendo a una existencia efectiva (véase, por ejemplo: «El Estado fascista es la realización de la mistificación... el conjunto no podía vivir sobre la base de un divorcio entre la teoría y la práctica» (*Invariance* serie 1, n° 6). Desde *Le Mouvement Communiste* a *La Guerre Sociale* la problemática es la misma, aun cuando no sigan a *Invariance* hasta sus últimas conclusiones). Ahora bien, la noción de individuos-personas aislados de los demás individuos y de la comunidad, y reunidas luego por medio de un puro mecanismo económico, el universo de la mónada democrática, es un hecho tan ideológico (es decir, una racionalización cosificada) como las supuestas relaciones personales de la comunidad primitiva o del feudalismo (cfr. Marx, *Grundrisse*, t. 1 p. 101). Los individuos del capital no tienen mayor necesidad de ser congregados por un coadyuvante del modo de producción que los de la comunidad primitiva. La cuestión no es saber cómo la religión, la política o la economía vinculan a estos individuos-Robinson entre sí, sino comprender por qué el vínculo entre individuos particulares, definidos en y por un determinado modo de producción, adopta la forma necesaria de la religión, la política o la economía. En una problemática semejante, la eficiencia de la política bajo la dominación formal consistiría presuntamente en que en aquel entonces se habría producido un reparto político (y no económico) de los ingresos, siendo el gran ejemplo la ley inglesa sobre los cereales. Estaríamos ante una pura relación de fuerza, ante contradicciones que no serían otra cosa que oposiciones; capitalistas, terratenientes y obreros presentándose a librar una lucha cada uno por su cuenta, sin estar vinculados entre sí por una misma relación de producción que determina salarios, ganancias y renta. Si lo trasladamos al período actual, eso equivaldría a explicar la inflación por el aumento de los costes salariales que se derivan de las apetencias de los obreros y de la fuerza de las organizaciones sindicales, es decir, a postular que la crisis del capital es producto de las luchas obreras. A modo de reparto, el resultado final de esta alianza parlamentaria fue la modernización del capital inglés y la de la renta de la tierra, que se convirtió en ganancia excedentaria fija. En realidad, la política sólo existe bajo el modo de producción capitalista; Roma, Atenas o Bizancio no fueron sino ejemplos aproximativos de democracia censitaria.